



Reconciliación para la paz.

La visión ignaciana

Alexander Zatyryka¹

La reconciliación como camino a la paz es uno de los puntos centrales de la espiritualidad ignaciana. Ya en la “Fórmula del Instituto”, que hace las veces de un resumen de la identidad y vocación de la Compañía de Jesús (texto aprobado por el papa Julio III en 1550) san Ignacio pone entre las principales misiones de los jesuitas “reconciliar a los desavenidos”. Desde entonces, ese servicio ha sido uno de los principales de la Compañía, siempre en la búsqueda de construir sociedades que reflejen la invitación del Evangelio a crecer en la comunión (Jn 17).

La intuición de Ignacio (y de toda la tradición cristiana) es que detrás de las desavenencias y conflictos se encuentra el conflicto de egos. Cuando el ser humano descubre su verdadera identidad como persona abierta a la comunión, las divergencias pierden la dimensión conflictiva irreconciliable que trae como consecuencia la enemistad y el odio. Este cambio de percepción del mundo lo vivió Ignacio en su proceso de conversión, el cual trató de sistematizar en la pedagogía de los *Ejercicios Espirituales*.

El texto de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio describe paso a paso el itinerario que el ejercitante debe seguir para alcanzar la meta de esta didáctica espiritual: “vencerse a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afición alguna desordenada”. Es decir, aprender las trampas del ego (nuestro falso “yo”) para vencerlo. Liberados de esa esclavitud podremos poner orden en nuestra vida al quedar desenmascaradas las “aficiones” (apegos) desordenadas. Entonces podremos reconocer lo que nos da vida porque nos capacita para percibir, recibir y compartir amor. Y también captar lo que nos lo impide.

¹ Doctor en Teología por la Universidad de Innsbruck (Austria), Magister en Ciencias en Economía Agrícola e ingeniero agrónomo por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

1. La afinidad constitutiva del ser humano con Dios

Para iniciar este derrotero de liberación y sanación, san Ignacio pone un preámbulo al que llama “Principio y Fundamento”. Con este nombre nos quiere transmitir lo que él considera como fundamental para alcanzar la plenitud de vida para la cual Dios nos llamó a la existencia.

Ignacio lo describe en el número 23 de los *Ejercicios* (EE 23). El texto obedece a la sensibilidad y estilo comunicativo de la época que es natural que nos quede lejano e inclusive incomprensible. El original era un solo párrafo. Yo lo suelo dividir en tres partes para explicarlo y así entender mejor el dinamismo que describe.

- I. *El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; [Dicho en un lenguaje y sensibilidad más cercana a la nuestra: la salvación es entrar en la vida de comunión, en la vida de/con/en Dios].*

La segunda división nos presenta la manera como san Ignacio considera que el ser humano puede acceder a esa salvación:

- II. *y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado; de donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe apartarse de ellas cuanto para ello le impiden. [Todo lo que somos y tenemos se puede traducir en una oportunidad para compartir vida, encarnando el amor a la manera de Dios. Los dones, talentos y bienes que poseemos pueden usarse para amar de manera concreta y efectiva a nuestros semejantes. Pero también estos dones, talentos y bienes presentan el peligro de sustituir a las personas. Corremos el riesgo de dejar de verlos como herramientas y sentir que son el fundamento de nuestra seguridad. Este apego desordenado por las cosas y circunstancias impide que el amor divino fluya con naturalidad de nosotros hacia las demás personas].*

La tercera división describe el estado interior necesario para vivir en la libertad que nos capacita para amar, correctamente, en cada circunstancia:

III. *Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido. De tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin para que somos creados.* [Es decir: Para amar correctamente con lo que eres y tienes, debes ser libre de todo apego].

En el “Principio y Fundamento” encontramos la antropología de san Ignacio, su visión del ser humano y el sentido de su vida. Los verbos que utiliza en la primera parte son indicativos: “creado”, “alabar”, “hacer reverencia”, “servir”, “salvar”. El primero sienta las bases. El ser humano es creatura, y creatura de un Dios que le dio la existencia por Amor. Somos hijas e hijos de Abba, el Dios que Jesús con su vida nos revela. Nacemos a la existencia como parte de una relación.

Dios ya nos amó y nos ama continuamente: al darnos la existencia, al sostenérnosla, al darnos todo lo que necesitamos para que podamos, desde su estilo de donación modelada en nosotros, entablar relaciones de reciprocidad con Él. Los siguientes tres verbos explican la manera como el ser humano responde:

- a. Alabando: significa reconociendo (haciéndonos conscientes) de quién es este Dios como Padre amoroso y al mismo tiempo Creador de todo lo que existe. La experiencia mística fundamental es captar la grandeza indescriptible de Dios y al mismo tiempo la intimidad de su amor por cada persona. Al hacernos conscientes de que Dios crea amando, la alabanza nace de manera espontánea en nuestro corazón.
- b. Haciendo reverencia: En sus cartas san Ignacio suele poner juntas las expresiones “hacer reverencia” y “acatar”. Esto nos permite intuir que el segundo verbo del “Principio y Fundamento” es una invitación a “acatar” la voluntad de Dios, es decir, a vivir en consonancia con esa voluntad (la voluntad fundamental de Dios es que amemos como Él nos ama), vivir la “sinergia”, sentirse y estar gozosamente guiado por Dios.
- c. Sirviendo: que es la manera como el Amor se encarna en la vida. Un servicio que no es por sacar provecho, ni por obligación, sino una forma particular de vincularnos con aquél a quien servimos, amándolo, construyendo con él y por él, la comunión.

Finalmente, vivir en esta comunión de Amor es a lo que los cristianos llamamos salvación.

San Ignacio construye su antropología sobre la visión cristiana del ser humano, que parte de la constatación de que Dios es nuestro Creador y que nos ha creado a “su imagen y semejanza” (Gen 1:26). Esto significa que el ser humano tiene una afinidad constitutiva con Dios. Esta afinidad consiste en la capacidad de “ser/existir a la manera de Dios”.

En Cristo, Dios se ha revelado como Amor. En nuestra realidad espacio temporal, Dios es amando. Por lo que existir a la manera de Dios es existir amando. Por esto se ha dicho que el ser humano es “capaz” de amar, es “capaz” de Dios.

Para amar a la manera de Dios necesitamos una sensibilidad particular: captar que somos “personas”, es decir, identidades (auto-presencias) relacionales. Mientras más nos relacionamos (siguiendo el dinamismo del Amor divino) más somos nosotros mismos. Quienes se saben personas entienden que su vida/existencia implica a los demás. Perciben una vocación a la construcción de una realidad común que implica a otros. La puesta en común de lo que cada uno es construye la comunión.

Los cristianos creemos en un Dios cuya naturaleza más profunda es ser una comunidad de amor: tres “personas”, cuya entrega mutua, total e irrestricta (kenótica, del gr, *kénosis*, vaciamiento), constituye una “esencia común”, la naturaleza divina (Dios).

Tradicionalmente, la imagen divina se entiende como un don universal e irrenunciable, la capacidad que toda persona tiene de existir “a la manera” de Dios: dando vida donándose, recibir vida en la donación del otro. Es nuestra capacidad de amar en libertad y gratuidad: libre e incondicionalmente.

Por su parte, la semejanza divina se interpreta como el itinerario de ir encarando en el concreto de nuestra vida la vocación a ser personas, día a día, instante a instante. Es la forma como la imagen divina se manifiesta de manera irrepetible en cada ser humano. Tal vez esta es la mejor definición de la santidad.

Por lo tanto, todo lo que tenemos y somos se puede convertir en un don para los demás. Dios nos lo ha dado para que ejercitándonos en entregarlo amorosamente a los demás, aprendamos a existir a la manera de Dios que “es amando”.

Dios nos da “talentos” para que los invirtamos correctamente, es decir, gastándolos en el servicio de los demás. Cuando lo hacemos captamos que los talentos “crecen”, se multiplican, tal y como enseña la parábola.

Aprendemos a “ser Amor” a través de los actos de Amor como entrega que nos van enseñando el dinamismo del don de sí que transmite vida. Eventualmente

aprendemos a vivirnos como “entrega presencial mutua”, estar/existir para el Otro, inhabitación.

Si éste es el proyecto divino para el ser humano como parte de la creación ¿por qué no lo vivimos naturalmente? ¿Qué nos impide transitar de nuestro potencial (imagen divina) a la plenitud de ser cocreadores con Dios (semejanza divina)? San Ignacio, siguiendo la tradición cristiana, atribuye esa imposibilidad al pecado, al estado de distorsión perceptiva y afectiva que nos incapacita para contemplar el mundo como lo hace Dios e interactuar creativamente a través del amor.

2. El pecado como mentira fundamental de la identidad humana

Una vez que ha descrito el ideal de la vida humana: una comunidad centrada en el amor compartido que describe en el “Principio y Fundamento”, san Ignacio presenta, en las meditaciones de la primera semana de *Ejercicios...*, la razón por la que no vivimos a plenitud nuestra vocación de ser comunión. Es la condición que en la tradición cristiana llamamos “pecado”.

Habría que subrayar que el término no describe una situación jurídica o moral, sino un desorden más profundo, podríamos decir que existencial. Pecado hace referencia al estado en que se encuentra quien no es capaz de percibir su vocación a construir una comunidad de amor, sino que se vive como un individuo en oposición a otros individuos ante quienes tiene que defenderse y luchar, tanto por llevar adelante sus propios intereses cuanto para apropiarse de la mayor parte de los satisfactores que siempre son escasos.

La palabra griega *hamartía*, traducida comúnmente por “pecado”, en realidad significa desperdicio, no darle al blanco, perder tontamente las oportunidades de plenitud que la vida nos presentan. Y no le damos al blanco porque toda nuestra percepción del mundo está viciada, está enferma.

Para entender esta distorsión fundamental (este “pecado original”, u origen de todo pecado) nos sirve mucho el relato del Génesis que describe el engaño en que cayeron Adán y Eva, la manera como pierden su relación de comunión con Dios, siguiendo ingenuamente las insinuaciones del espíritu del mal. Es la primera meditación que Ignacio sugiere sobre el pecado. Captar la manera como el mal engaña para poder a su vez desenmascararlo en nuestra propia vida.

En Génesis 3:1-24 a Adán y Eva se les presentan dos posibles itinerarios para construir sus vidas. Es la lucha entre las dos lógicas: la de Dios y la del mal; el amor en comunión o el aislamiento egoísta.

La narrativa inicia presentándonos en el capítulo 2 (para que podamos captar el contraste) la vida en el “paraíso”, el ser humano en libertad y armonía con la creación, entendida como el espacio/tiempo donde podía crecer y madurar ejercitando su capacidad de amar. El ser humano está llamado a ser cocreador con Dios del mundo de la comunión.

En medio de ese ideal, y gracias a la capacidad del ser humano para tomar conciencia de sí y de su entorno, aparece el engaño de imaginar y eventualmente creer que la felicidad no está en la comunión ya experimentada (dar y recibir amor), sino en la autosuficiencia (apropiarse, depredar, no depender de nadie).

Hasta entonces el ser humano había vivido en la dimensión de la gratuidad: todo lo que es y le rodea, es un don, un regalo. Adán y Eva, figuras arquetípicas de la condición humana, experimentaban lo que los místicos han descrito con la frase: “el amor de Dios basta”, es decir, no hay nada que pueda nutrir más y mejor al ser humano que vivir en esa comunión de amor gratuito. Pero el “espíritu del mal” les insinúa que existe otro mundo y que ese mundo es preferible al que habitaban entonces. Un mundo de dueños y señores, donde cada individuo construye su derrotero a voluntad, prescindiendo de los demás. Un camino de autosuficiencia (el fruto prohibido) que les pareció “apetecible”.

Al decidirse a seguir ese camino, aparece en Adán y Eva una nueva actitud ante su entorno: la *avaricia*, el afán de posesión, llegar a creer que nuestra alegría vendrá de acumular objetos y no del amor de sujetos (personas). Por primera vez “arrebatan” algo que no se les había dado desde la gratuidad. Queda distorsionada su relación con su entorno material. Ya no lo ven como una gran comunidad, sino como una colección de cosas a ser poseídas y acumuladas.

Al mismo tiempo, en sus conciencias se produce una imagen falsa del ser humano, de la propia identidad. En vez de ser parte de un todo armónico y pleno, se perciben separados, opuestos. El pecado fundamental de Adán y Eva implica pretender prescindir del Otro. Le creen al mal espíritu cuando les afirma que “serán como Dios”, es decir, que Dios ya no les será necesario, que podrán construir un mejor futuro “solos”.

Así se consolida una imagen falsa del ser humano [aparece la *vergüenza*, otro sentimiento que no conocían]. Empiezan a verse como seres defectuosos, pervertidos, y a sentir la necesidad de ocultar esa situación a toda costa. Quieren esconderse, disfrazarse, quieren ser “otra cosa”. Su identidad en realidad se vuelve



“diabólica” (que etimológicamente significa perversa, difamadora, dispersante y desintegradora). Queda distorsionada su relación consigo mismos.

Finalmente, y como la consecuencia más peligrosa, se establece un círculo vicioso de retroalimentación entre su autoimagen enferma de vergüenza y una imagen distorsionada de Dios, un “ídolo” (imagen de algo que no existe; como “icono” es la imagen de lo que sí existe). Ya no perciben al Dios cercano, que les ama y aprecia sino que ven a Dios como una proyección de ellos mismos: una soledad autocentrada, sedienta de poseer y de mandar. Descubren un nuevo sentimiento que no conocían, aparece el *miedo*. Queda distorsionada su relación con Dios. Así se da efectivamente una ruptura de la comunión. Rompen con la naturaleza, consigo mismos, con Dios.

San Ignacio descubre, en su itinerario de conversión, que él y otras muchas personas habitaban (y habitan) este mundo ficticio, producto del único pecado, es decir, del egoísmo, de la distorsión perceptiva que nos lleva a ver el mundo, a vernos a nosotros y a ver a Dios, como un campo de batalla en el que luchan voluntades autocentradas y en el que hay que sobrevivir defendiéndose o, mejor aún, atacando. Esto está en el fondo de nuestros desencuentros, conflictos, rupturas y violencia. Necesitamos sanar de nuestra distorsión afectiva para ver con claridad la realidad como un espacio donde el amor en comunión es lo único que sacia el hambre de felicidad que tiene el ser humano.

En su introducción a la primera semana de *Ejercicios...*, san Ignacio sugiere que pidamos: “Interno conocimiento de mis pecados y los de la humanidad y aborrecimiento de ellos”... “Deseo de enmendarme y ordenarme”, de convertirme al Señor y a su proyecto de comunión.

Con estos términos está describiendo el necesario proceso de desenmascaramiento del pecado, salir del engaño y la mentira que está en su origen. El pecado es la decisión de procurarse por sí mismo la propia realización, el rechazo (consciente o inconsciente) a situarse ante Dios y ante los demás con una relación de amor. Es la negación de toda interdependencia y la obstinación en el aislamiento dentro de sí mismo. Es el acto de una libertad ingenua que se cierra sobre sí.

Alejándose de Dios y de la comunidad nuestra libertad entra por caminos de autodestrucción, como Narciso, que se contempla y queda absorto en sí mismo y al cabo se queda solo, paralizado, y muere. No es tanto infringir una ley, la ley es algo externo. La ley sirve para desenmascarar dinámicas de pecado. Pero el pecado es algo más profundo. Es romper con Dios, con mis hermanos y hermanas, conmigo mismo.

Ya decíamos que la enfermedad perceptiva que llamamos pecado tiene su origen en el “ego”. Desde la perspectiva clásica cristiana, se le llama “ego” a una identidad falsa que coloniza la conciencia del ser humano engañándolo, haciéndolo creer que su naturaleza es así: egoísta, “autocentrada”. El “ego” nos viene por inoculación, es decir, por la convivencia con otros seres humanos que se viven como egos y que nos modelan ese estilo y sensibilidad.

Lo opuesto al “ego” es la “persona”, la verdadera identidad del ser humano que se vive como una “autopresencia relacional”, es decir, que sabe que su identidad se construye de la interacción con otras identidades, que estamos llamados a habitar-nos mutuamente. La persona se desarrolla en el mundo de la gratuidad, donde el amor compartido se convierte en el principal bien y seguridad. Al hablar de amor no estamos haciendo referencia a un término abstracto. Amor describe el vínculo que une a la persona amante con la persona amada. Se aprende a vivir así cuando hemos tenido experiencias concretas de ser amados en libertad y gratuidad. El problema es que usualmente los ambientes que nos rodean no están contruidos por personas sino por egos. En vez de encontrar amor, encontramos actos de desamor. De esta manera nuestra identidad se distorsiona y terminamos identificándonos con el ego que nos habita.

El ego es un *collage* (pegoste, pastiche) de “referentes de identidad” distorsionados, que en su origen son proyecciones introyectadas de expectativas egoicas de nuestros progenitores y formadores (padres, autoridades, religión, escuela, sociedad, publicidad, etc.) Esto se agrava por las pulsiones compensatorias que nos damos para tratar de suplir nuestras carencias afectivas y heridas emocionales, asumidas, elaboradas, desarrolladas y consolidadas por nosotros mismos.

Desde los inicios del cristianismo se ha comparado el ego con un “parásito” que aprovecha los dones que Dios me ha dado para amar. Me roba esa vitalidad, que en vez de alimentar mi proyecto de consolidarme como persona desde el amor compartido, termina alimentando al parásito que me está matando. Como todos los parásitos, el ego se enmascara de múltiples formas para sobrevivir: justicia, verdad, solidaridad, piedad religiosa, etc. Su dinamismo nocivo se disfraza de bien.

Pero más allá de sus mecanismos de supervivencia, el ego ve el mundo desde su situación de pecado. El pecado es una visión objetualizada que convierte a las personas en objetos. El síntoma principal del pecado es la incapacidad de sentir con el otro, el “corazón de piedra” del que habla la Biblia hebrea. El ego no siente con su prójimo porque para él no son personas, no son hermanos, no son sujetos de comunión. En ellas y ellos sólo ve objetos, insumos, en su búsqueda de

satisfactorios. Como consecuencia de esto se va aislando con una sensación de vacío interior, de sinsentido, más allá de las alegrías efímeras que proporcionan los satisfactores materiales o intelectuales (que en realidad son “narcóticos”). Ese “vacío” sólo puede ser llenado con la presencia del Otro y de los otros.

3. El proceso de reconciliación como gracia

La única manera de salir de este círculo vicioso es encontrarse con un “inocente” que a través de su amor incondicional sane las heridas de las experiencias de desamor, que nos libere de la tiranía del ego. Jesús es el Inocente por antonomasia. Éste fue el más grande descubrimiento de san Ignacio y por eso el centro de su pedagogía espiritual implica el “conocimiento interno” del Señor Jesús. Esto significa gastarnos tiempo “conviviendo” con Jesús para dejarnos modelar por él y por su sensibilidad.

El inocente nos sana a través de su compasión y misericordia. La palabra “compasión” describe la capacidad de poder sentir con otra persona, de ponernos “en su lugar”, de captar su situación y la mejor manera de hacer que mejore. Los relatos evangélicos nos subrayan la empatía que Jesús tenía por las demás personas, especialmente las más vulnerables y desamparadas.

Una vez percibida la situación en que se encuentra el prójimo, se concreta la misericordia como el camino para remediar su situación. Etimológicamente, misericordia viene de los términos latinos: *miser*: miserable, desdichado; *cor*, *cordis*: corazón; y el sufijo “-ia” que significa “condición de”. En suma, misericordia “la cualidad de tener un corazón para quien sufre”.

Para quienes han descubierto la revelación cristiana, la muestra más grande de la misericordia de Dios es la encarnación de su Hijo para redimir a la humanidad. Por esta razón la meditación sobre la encarnación es una de las más importantes en el texto de los *Ejercicios Espirituales*. Dios no solamente ha querido com-padecerse de su creatura, sino que le muestra misericordia actuando. Asume la naturaleza humana en toda su fragilidad para atravesar “como hombre” (plenamente humano) nuestro dolor y padecimiento, que son las consecuencias del pecado.

La experiencia cristiana del encuentro con el inocente conlleva percibirlo con dolorido de los sufrimientos que acarrea el pecado, de manera que los asume sobre sí para redimirlos. El amor sin límites de Dios (que en dinamismo humano implica llegar a entregar la vida para que los amados tengan vida) es el único capaz de sanarnos las heridas del desamor que se han concretado en nuestra identidad egoica.

Tal vez la formulación más completa y sucinta de este proceso de sanación y reconciliación, la encontramos en la formulación de Pablo al final de su segunda carta a los corintios: “*La Gracia de nuestro Señor Jesucristo, el Amor de Dios [el Padre] y la Comunión del Espíritu Santo, estén con todos ustedes*” (2 Co 13:13). Es decir, aceptar la vida de Cristo y su entrega en la cruz como donación gratuita de Dios por nosotros es el camino para encontrarse con el Padre como fuente infinita de amor. Sólo quien ha experimentado ese amor sin límites e incondicional sabe cómo se vive la comunión de amor a la que Dios nos invita.

Nos recuerda las frases centrales del cuarto cántico del siervo sufriente de Yahvé de Isaías 53: “Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba”, “Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y por sus heridas hemos sido sanados.”

El inocente ve la realidad desde la bondad que habita en él y desde esa bondad apela a la bondad que existe en todos y en todo. Ya decíamos que Cristo es “el Inocente” por antonomasia. Habría que empezar por aclarar lo que la palabra significa. Su raíz latina es “*in*” (prefijo de negación) y “*nocere*” (hacer daño, matar). Es decir, inocente significa “incapaz de causar daño”. Es la antítesis de la malicia. Con todo, no siempre el inocente es una presencia cómoda o gratificante, especialmente para quienes han adoptado una visión maliciosa de la vida y han puesto en ella su seguridad.

Por lo tanto, inocente no quiere decir ingenuo. El inocente percibe el mal, pero no se deja atrapar por él. Lo combate con lo único que puede vencerlo: el bien. No transige con los métodos del mal, se ha despojado de toda forma de poder. (Cf. Las tentaciones del Señor en el desierto). Su compromiso es para que este principio de bondad sea el que se manifieste en cada persona.

En la experiencia cristiana de conversión (de sanación) Jesús (el Resucitado) se dirige a lo más santo (y por tanto real) que hay en el corazón de cada persona. Le permite “descubrirse” en él ya que cada persona ha sido creada a su imagen.

De manera que puede contrastar lo que puede llegar a ser (su santidad posible) mientras que puede compararla al mismo tiempo la triste sombra que es, la caricatura que ha construido con su egolatría. Pero hace esa dolorosa constatación desde la esperanza confiada de quien se vive salvado.

Por eso una auténtica conversión produce lo que es espiritualidad se llama “compunción”. Compunción viene del prefijo de intensidad “*cum-*” y “*punctio*”, punzada o herida. El amor inesperado, absoluto e incondicional de Jesús por cada persona “punza”, hiere nuestro corazón de piedra, devolviéndonos el Corazón de



carne, la capacidad de sentir con el hermano, la hermana. Sólo la compunción desenmascara y sana efectivamente el mal en mi vida.

La experiencia de la compunción, como parte integral de la conversión, suele estar acompañada de lágrimas por lo que en la espiritualidad cristiana se le ha llamado “el segundo bautismo”, lágrimas que limpian y sanan el alma. Recordemos lo importante que fue esta experiencia en Ignacio. De hecho, en los *Ejercicios...* la pone como una de las importantes manifestaciones de una auténtica consolación.

Este proceso de sanación que nos libera del ego y nos capacita para ser personas, nos ayuda a encontrar el Corazón, término simbólico que describe la sensibilidad restituida del ser humano que ha descubierto su vocación a amar y a dar vida desde el amor. Es importante aprender a vivir desde ese “lugar” y a relacionarse desde el corazón con las demás personas. Por eso se ha dicho que el corazón es un “lugar” real y perceptible, aunque no “físicamente”. El Corazón es nuestra auténtica morada, el paraíso perdido.

Los místicos cristianos han dicho que los corazones están “interconectados”, son vasos comunicantes. Desde mi corazón accedo al corazón de mis hermanas y hermanos. Siento con ellas, puedo servirlos correctamente. Por lo tanto, estar en mi corazón implica estar en el corazón de Jesús, sentir desde lo que siente Jesús.

San Ignacio descubrió que un auténtico discernimiento sólo se puede realizar desde el corazón. Fuera del corazón no sé quién me está “aconsejando”. Por eso vemos en su *Diario Espiritual* la importancia que le daba a iniciar el día con una experiencia de compunción que le dejaba con el corazón realmente sensible. En esos casos decidía sin problema. Ante la ausencia de esa sensibilidad, prefería esperar. Y es que la compunción constante nos ayuda a ubicarnos en el corazón. Nos evoca expresiones de la poesía mística que le piden al Señor: “no permitas que jamás sane de esta dulce herida”.

Queda claro que todo proceso de auténtica reconciliación implica encontrarse con un amor incondicional que tiene la capacidad de sanar las heridas de desamor en nuestras vidas. Habría que subrayar que esto no es un acto de magia o instantáneo. Implica un itinerario y tiempo. Por eso, la reconciliación en los *Ejercicios Espirituales* se extiende a lo largo de toda la duración de la experiencia, yo diría que inclusive se extiende a lo largo de toda nuestra vida. Pero, conforme somos sanados de las consecuencias del desamor, nos descubrimos cada vez más sensibles a percibir la realidad de nuestros semejantes, a entenderles, a sentir empatía y solidaridad por ellas y ellos.

Más allá de si las personas tienen una sensibilidad religiosa o no, una experiencia cristiana o no, podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, que no hay una paz auténtica sin reconciliación, sin reconocernos como hermanas y hermanos, y no hay una auténtica reconciliación sin la presencia de alguien que rompa, a través de su amor incondicional, el círculo vicioso de la agresión y violencia.

Nos permite evocar aquella bienaventuranza (Mt 5, 9): “felicis los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijas e hijos de Dios”. Dicho en otras palabras: quien ama de manera incondicional a su prójimo (tal y como lo hace Dios) contribuye a que crezca la paz en el mundo y esa vocación le hace inmensamente feliz.